

# Apuntes para el estudio de la izquierda latinoamericana actual\*

**Beatriz Stolowicz**

Profesora del Departamento de Política y Cultura  
Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco, México

**S**e me ha invitado a compartir algunas ideas sobre la izquierda latinoamericana actual, un tema demasiado complejo para tratar en pocos minutos.

Como punto de partida diré que asumo que la de izquierda es una opción ética con fundamento racional en pos de la emancipación humana, y que ésta exige la preservación de su hogar vital. Que no se es de izquierda sólo por autodefinirse como tal, sino por lo que se hace. Que la izquierda incluye tanto a la partidaria como a la no partidaria o social, con la tremenda heterogeneidad en ambas. Y que han sido las prolongadas luchas de todas sus vertientes las que han hecho posibles los triunfos electorales en nuestra región, siendo éste un momento histórico de notable singularidad.

Las experiencias de gobierno condensan la complejidad del fenómeno de izquierda, porque involucran proyectos y concepciones diversas, la relación y el balance de fuerzas entre los diversos componentes de la izquierda, las prácticas y su eficacia, y porque no operan en el vacío sino en la disputa de proyectos de sociedad antagónicos, con sus efectos combinados en términos regionales y del sistema mundo capitalista. Es una complejidad no siempre contemplada en los análisis.

---

\* Intervención en el XII Coloquio de Ciencia Política, Universidad Central de Venezuela. Instituto de Estudios Políticos. 4-6 noviembre 2013.

Ejemplo de ello son las clasificaciones que se han hecho de los gobiernos en los últimos años. Como en toda clasificación, se han jerarquizado algunos aspectos en desmedro de otros, en lo que se expresan concepciones teórico-metodológicas. Y me parece interesante ilustrar, desde esas clasificaciones, la compleja problemática que debemos asumir, no sólo por sus implicaciones intelectuales sino también por sus efectos prácticos, es decir, políticos.

De partida, no podemos eludir el reconocimiento de que todos los gobiernos, más allá de las diferencias entre procesos, han generado cambios importantes en las condiciones de vida de amplios segmentos sociales. Cómo no reconocerlo, máxime cuando venimos de países como México, donde se está llevando a cabo una masacre social. Y éste es un primer asunto a considerar para pensar en términos regionales. Hoy día, un 54 por ciento de la población de Nuestra América vive en países gobernados por las fuerzas que se autodefinen como izquierda y centroizquierda, con un aporte numérico grande de Brasil en ese porcentaje. Esto es inédito en la historia latinoamericana. Pero el otro 46 por ciento, casi 269 millones, viven bajo gobiernos de derecha que siguen ahondando la tragedia social y la entrega descarada de sus países, y que bajo esa lógica operan también en la geopolítica regional.

Este ámbito, el de la geopolítica, ha sido un criterio muy determinante de las clasificaciones sobre los gobiernos y, en buena medida, ha condicionado la discusión sobre esas experiencias. Estamos en un momento inédito en nuestra historia por el número de expresiones gubernamentales de mayor distanciamiento respecto al gobierno de Estados Unidos y la creación de instituciones regionales sin su presencia, como la CELAC y UNASUR, de gran importancia en su histórico “patio trasero” y para la geopolítica mundial, sobre todo para contener los escenarios de guerra. También asistimos al desdibujamiento de la arrogante presencia del Estado español, como ocurrió en la última Cumbre Iberoamericana en Panamá.



Mujeres sudafricanas exigen la liberación de Mandela. Las mujeres, junto con Winnie Mandela, cantaban en las escaleras del Ayuntamiento de Johannesburgo.

<http://larevista.mx/2013/12/la-vida-de-mandela-en-fotos/>

A partir de esta nueva realidad geopolítica, se ha afirmado que estamos ante un debilitamiento imperialista en la región. Sin embargo, es necesario revisar las valoraciones sobre los grados de subordinación o de autonomización respecto del imperialismo, pensados sólo desde la diplomacia.

Por un lado, porque se trata de instancias regionales muy distintas a la integración promovida por el ALBA, que no son ajenas a la lógica del regionalismo abierto promovido por Estados Unidos, que tiene en esos espacios a gobiernos que representan sus propios intereses.

Por otro lado, porque en esa jerarquización de la diplomacia están implicados reduccionismos analíticos sobre el imperialismo, ya que últimamente es concebido sólo como una relación de dominio de un Estado sobre otro, y se ha perdido de vista que el imperialismo es esencialmente el dominio molecular del capital financiero. Entendiendo por capital financiero la fusión potenciada de todas las formas de reproducción y concentración del gran capital. Que utiliza el poder de sus Estados de origen para su penetración territorial, para la exportación de capital, de mercancías y tecnología, para la apropiación de riquezas naturales y de plusvalía. Pero que se asocia con Estados receptores para triangular desde esos otros espacios geográficos y soportes estatales cambiando de “bandera”, lo que le facilita la negociación política y el aprovechamiento de las prerrogativas multilaterales regionales. En nuestra región, la fuerza de penetración y de obtención de ganancias del gran capital, incluyendo al de origen latinoamericano, no ha disminuido, pese a las regulaciones e impuestos establecidos por algunos gobiernos de izquierda. Esto no es poca cosa por la fuerza política requerida para imponérselos, pero no ha modificado el dominio molecular del gran capital en nuestra región.

Otras clasificaciones se han hecho a partir de los procesos internos, que se enfocaron en la democratización de los regímenes políticos en las primeras gestiones de gobierno, distinguiendo entre aquellos que avanzaron hasta procesos constituyentes y los que siguieron en los marcos institucionales heredados, aunque algunos de estos marcos institucionales contienen conquistas sociales y democráticas de larga data, defendidas o recuperadas por las luchas populares. En algunos casos, esta clasificación coincide con la anterior en cuanto al grado de distanciamiento con el gobierno de Estados Unidos, pero en otros casos no coincide.

El comprensible entusiasmo por el protagonismo popular constituyente derivó en centrar los análisis en el Estado. Se prestó atención a la incorporación al aparato estatal de los siempre invisibilizados (indígenas, trabajadores urbanos y rurales, mujeres) y a la incorporación de las



13 de junio de 1964. Mandela charla con Walter Sisulu en la prisión de Robben Island, cerca de Ciudad del Cabo, donde cumplía la sentencia de cadena perpetua a la que había sido condenado por alta traición.  
[http://internacional.elpais.com/internacional/2012/12/08/album/1354995296\\_071245.html#1354995296\\_071245\\_1386315027](http://internacional.elpais.com/internacional/2012/12/08/album/1354995296_071245.html#1354995296_071245_1386315027)

demandas de los movimientos sociales a la agenda gubernamental. Así como a la capacidad conjunta del gobierno y movimientos sociales para derrotar las violentas reacciones de la clase dominante desplazada del aparato estatal. Con la idea de la penetración de la sociedad civil en la sociedad política comenzó a usarse la categoría gramsciana de “Estado ampliado” pero, a diferencia de Gramsci, se perdió de vista que la burguesía es parte de la sociedad civil. Muchos de esos análisis atribuyeron autonomía a lo político, dejando fuera el análisis estructural de la reproducción económica y de las clases en el poder del Estado. Y se desestimó que cada modelo económico exige un determinado modelo político y social, que éste no puede ser pensado al margen de aquél, más allá de la retórica o los liderazgos carismáticos.

De esto comienza a tomarse nota cuando, con bases políticas más sólidas y conquistando reelecciones, el tema de los cambios económicos pasó a primer plano.

Y con él, se hicieron más explícitas las diferencias entre las distintas corrientes que conforman las fuerzas gobernantes. Pues no hay que olvidar que, en todos los países, los partidos o movimientos políticos que ganaron elecciones son producto de alianzas y procesos de unidad entre fuerzas y concepciones diversas.

Esos debates no se han dado en el vacío, sino en un contexto en el que la derecha no ha perdido capacidad para influir ideológicamente sobre la discusión de alternativas. Por obvias razones se presta mayor atención a las acciones conspirativas y desestabilizadoras de la derecha, dirigidas a desgastar a los gobiernos y a manipular el debate político; más que a las sutiles estrategias desplegadas desde hace muchos años para neutralizar los proyectos de contenido crítico con el capitalismo. No tengo tiempo para analizar aquí los distintos aspectos de esa lúcida estrategia de la derecha presentada como “posneoliberalismo”.

Parte de la misma ha sido definir un “nuevo modelo de desarrollo” para América Latina. Sintetizando sus planteos, en sus términos: este modelo está basado en aprovechar las ventajas de la globalización mediante la exportación de lo más abundante con el fin de obtener los recursos para promover el consumo de los sectores excluidos por la deuda social. Un desarrollo que para pasar de las ventajas comparativas espurias a una ulterior competitividad auténtica debe ser necesariamente impulsado con el capital transnacional por su aporte financiero, tecnológico y por su acceso a mercados. Con un fuerte papel del Estado como co-financiador de las inversiones en distintas modalidades de asociación público-privada en vastas áreas. Un activo papel del Estado para la construcción de infraestructura; en la creación de un adecuado clima de negocios mediante un marco institucional de seguridad jurídica para las inversiones y la remisión de ganancias al exterior; además de un marco institucional que contemple distintas formas de propiedad para ampliar la inclusión de nuevos actores al mercado como productores vinculados al polo moderno del desarrollo. Un activo papel del Estado en la ampliación de los mercados financieros para incrementar el ahorro interno y ponerlo al servicio del financiamiento de los nuevos negocios, con el fin de romper la muy neoliberal contradicción entre lo financiero y lo productivo. Y, desde luego, con un activo papel del Estado en políticas sociales para promover el consumo, mediante transferencias y asignaciones, e incluso en una regulación entre capital y trabajo funcional a esos objetivos. Hasta aquí la síntesis del “modelo de desarrollo posneoliberal”.

Lo “más abundante para exportar” son los recursos energéticos, mineros, hídricos, de biodiversidad, la explotación de la tierra para vastos monocultivos transgénicos. Actividades, todas, que exigen el control sobre el territorio, también para la construcción de un sistema multimodal de transporte y comunicación para abaratar la extracción de esos bienes naturales mercantilizados.

Este modelo neodesarrollista ha ganado influencia en las prácticas económicas y va diluyendo las diferencias entre gobiernos establecidas por las anteriores clasificaciones. Su adopción implica una aceptación tácita del capitalismo, en algunos casos argumentada por razones de “gradualismo” o “realismo” aunque se le critique, y en otros por adhesiones francas aunque se declare la intención de “humanizarlo”. Los debates sobre el neodesarrollismo se han centrado en el grave asunto del extractivismo pero no contemplan sus demás componentes.

Este modelo económico, como todos, requiere un modelo político. El objetivo de responder simultáneamente a los intereses del capital



Después de 27 años Mandela sale de la prisión. 4 años más tarde, los sudafricanos celebraron sus primeras elecciones multirraciales y eligieron a Mandela como su primer presidente negro.  
<http://larevista.mx/2013/12/la-vida-de-mandela-en-fotos/>

transnacional, del capital nacional existente o en creación, y de los sectores populares, lleva a un ejercicio bonapartista desde el gobierno. Pero el bonapartismo implica un equilibrio inestable, que a corto o mediano plazo se vuelca hacia uno de los platos de la balanza. Si el objetivo es reducir el poder del capital, el gobierno necesita desplegar al máximo la movilización popular para llevarlo a cabo. Por el contrario, si el objetivo es priorizar la negociación con el capital, lo que se requiere es el control de los sectores populares organizados. Pueden seguir estando en el aparato del Estado, pero subordinados a ese objetivo. El ascenso de los conflictos que involucran a organizaciones sociales otrora aliadas o representadas en los gobiernos podría estar indicando hacia dónde se ha estado moviendo el fiel de la balanza. Atribuirlo sólo a rencillas personales o a estrechos intereses corporativos, que desde luego existen, es simplificar el análisis de la relación entre economía y política.

Ahora bien, y ¿qué sucede con los sectores populares beneficiarios de las políticas sociales? Desde hace un tiempo se discute si son asistencialistas o de reconocimiento de derechos, y se cuestiona a las primeras porque no modifican la matriz distributiva y por sus efectos sociopolíticos negativos. Nadie puede negar la necesidad y obligación de los gobiernos de atender con urgencia las terribles situaciones de miseria multiplicadas por el neoliberalismo. Sin embargo, es verdad que las políticas asistencialistas favorecen conductas basadas en valores primarios y no el desarrollo de la conciencia, que favorecen el control social y la desorganización política. Crean clientelas electorales pero no adhesión a un proyecto, por eso sus lealtades son volátiles. Pero ¿qué pasa, también, con los beneficiarios de políticas sociales universalistas basadas en el reconocimiento de derechos? Porque también se ha ido comprobando que sus conductas políticas no son tan previsibles, lo que produce perplejidad.

Las respuestas habría que buscarlas en el lugar que ese neodesarrollismo posneoliberal les asigna a las políticas sociales. Cuando proclama la inclusión de los excluidos, no es en calidad de sujetos sociales y políticos, sino su inclusión en el mercado como consumidores. La idea del desarrollo como consumo de masas no es nueva, está presente en las discusiones de hace medio siglo. Pero la oferta capitalista ha cambiado. La de antes era más restringida y de valores de uso no decrecientes, debían durar. A diferencia de entonces, la oferta actual implica la subsunción real del consumo al capital. De la misma manera que la inclusión de los pequeños productores al mercado está significando someter lo que producen y cómo producen al dictado de este capitalismo depredador, la inclusión de los pobres y de los trabajadores no tan pobres como consumidores implica hoy someter toda su existencia, su subjetividad y hasta sus procesos biológicos a las lógicas de este capitalismo depredador, a sus valores, a sus prácticas fagocitarias de lo humano, que conducen al individualismo y al conservadurismo.

La gran metáfora de esta lógica son los celulares, a los que se presenta como encarnación de la democratización por el consumo, y hasta de la incorporación a la clase media. Más allá de su innegable utilidad como medio de comunicación, son el “gancho” para crear expectativas modeladas por este capitalismo: es más importante actualizar los modelos de celular que contar con agua potable. Así es como se está en el mercado. Por eso resulta más que contradictorio que quienes exaltan las bondades humanistas de la inclusión de los más pobres al consumo de este capitalismo bajo sus reglas, al mismo tiempo condenen el consumismo y las conductas antisociales. Porque hasta que se demuestre lo contrario, las formas de existencia social condicionan la consciencia.

En el mismo sentido opera la llamada inclusión financiera, es decir, la bancarización de los trabajadores y de los más pobres mediante tarjetas para que retiren las transferencias de las políticas sociales, las pensiones o los salarios. Se presenta como un acto democratizador el que se ofrezcan créditos sobre esas transferencias y sobre la nómina, por lo cual, por supuesto, pagarán intereses. Esto, que significa entregar para las ganancias de los bancos la masa dineraria del fondo de consumo popular, es promovido al mismo tiempo que en los discursos se condena al capital financiero.

Estas son algunas de las contradicciones derivadas de adherir conscientemente, o sin saberlo, a esta concepción del desarrollo que consiste en una modernización capitalista muy parecida a la formulada por Rostow en 1960, tan criticado desde entonces por la izquierda. Una



modernización capitalista funcional al objetivo sistémico de hacer de América Latina un espacio de estabilización del capitalismo en su crisis.

Esta totalidad compleja no se compadece con las clasificaciones al uso. Exige unidades de análisis que articulen economía y política, y exige analizar al Estado por su papel en la reproducción capitalista, también donde gobierna la izquierda.

Hay que admitir que todavía no se ha logrado gestar una concepción distinta del desarrollo humano que no sea sinónimo de crecimiento en la lógica del capital. La potencia ética de la propuesta del buen vivir, en armonía con la naturaleza, no alcanza a llenar de contenido práctico el camino en el que, todavía para muchos, vivir bien pasa por empezar a vivir mejor.

Esto ha sido esgrimido como argumento absoluto a favor de una noción del cambio por etapas sucesivas, primero este desarrollismo para después llegar al poscapitalismo. Pero este desarrollismo fortalece el poder del capital, y lo hace legitimándolo. Y cuando hablamos de capital no nos referimos solamente a su personificación en el capitalista, o a su expresión jurídica en la propiedad, sino también y fundamentalmente a la relación social que lo constituye y lo reproduce, y a las ideas que como sentido común sustentan esa reproducción.

El camino de transformación a largo plazo está condicionado desde ahora. De lo que hoy se haga dependerá ese camino largo. El gran desafío, para poder recorrerlo, está en ir disminuyendo el poder del capital pese a las duras limitaciones del corto plazo. Difícilmente



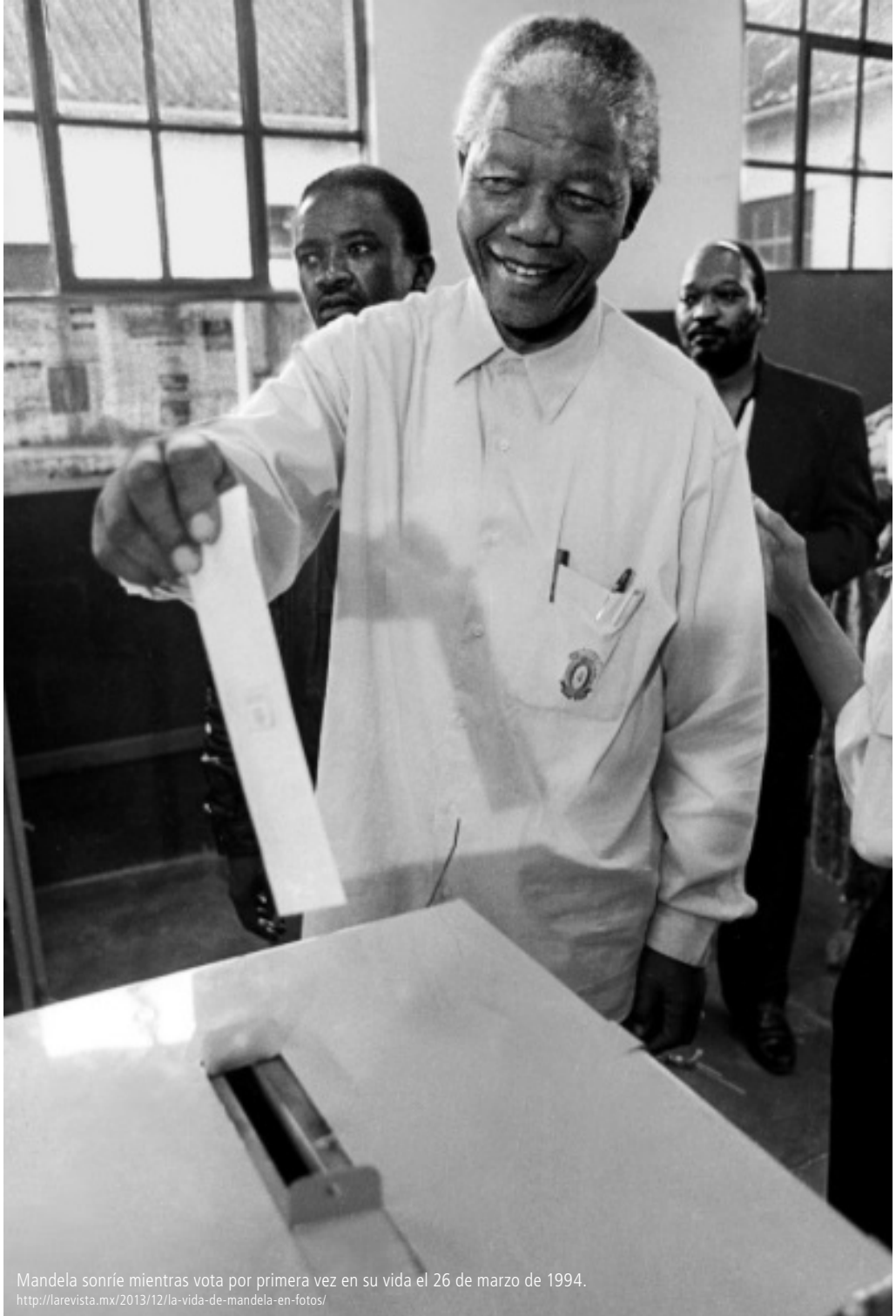
se podría pasar a otra etapa –para quienes así lo plantean– si se hace de la necesidad virtud. Si se construye un imaginario social sobre la inevitabilidad del capitalismo por tiempo indefinido. O si se avalan sus lógicas, por ejemplo, cuando para reivindicar la gestión de los gobiernos se hace alarde de la confianza de los inversores extranjeros, de la banca internacional por la buena marcha de la economía, de que nunca los empresarios ganaron más, y otros de este tenor.

Asumir que no es un cambio por etapas, aunque sea largo, no estaba en el horizonte de la izquierda latinoamericana. Se trata de un desafío nuevo, teórico y práctico, aprendiendo de las experiencias de cambio ensayadas, y encarando los rasgos del capitalismo hoy día. Este quebradero de cabezas aparece porque avanzaron las luchas de la izquierda social y política hasta conquistar esa importante parcela de poder que es el gobierno (en otros lugares de Nuestra América se está batallando todavía desde posiciones defensivas). Porque se ha aprendido de la historia es necesario que estos procesos sigan profundizándose de tal manera que no puedan ser revertidos por un poder fortalecido del gran capital y por sus representantes políticos de derecha.

Y en este camino la responsabilidad no es sólo de los gobiernos. Porque disminuir el poder del capital requiere modificar las relaciones de fuerza, incluso para contender con la temporalidad, que es adversa. La responsabilidad no es sólo “de arriba”, sino de lo que pasa “abajo” para gestar mayor fuerza social y política por el cambio, que marque los tiempos y el terreno de la disputa. Para convertir a las organizaciones sociales y a los partidos en verdaderos intelectuales colectivos, para ampliar el poder popular gobernante, para inventar nuevas formas de economía y sociedad.

Estos desafíos interpelan a las ciencias sociales. Hay un desfase entre el debate instalado en la sociedad y lo que ocurre en los ámbitos institucionales de creación de conocimiento, en lo que se estudia y cómo, en las prácticas disciplinarias. Sobre esto se discute poco y es muy necesario.

Por eso, para mí es un gran estímulo estar hoy aquí, compartiendo estas reflexiones, empeñadas en el avance de estos procesos de cambio en los que hay mucho esfuerzo humano comprometido, aprendiendo de sus logros, de sus aciertos y de sus errores. Es un privilegio que agradezco sinceramente.



Mandela sonríe mientras vota por primera vez en su vida el 26 de marzo de 1994.  
<http://larevista.mx/2013/12/la-vida-de-mandela-en-fotos/>